



JOVENES DE AYER

JOSE M.^a LANDACHE

No es bueno que el hombre se pase la vida contemplando su propio ombligo. Pero tampoco es malo que eche la vista hacia atrás para volver a seguir adelante sin tropezar en la misma piedra.

Así pues, a los aficionados a las comparaciones y los paralelismos, a los creyentes de que los jóvenes de antaño eran perfectos y maravillosos van dedicadas estas líneas.

Recordemos cómo vivía la juventud, por ejemplo del cuarenta al cincuenta.

Para mayor claridad dividiremos el tema en dos partes: los «hijos de familia bien» y los de la «clase obrera».

Pero primero, en cuatro trazos, veamos cuál era el fondo del escenario renteriano de ese periodo.

Los «sin Dios» habían perdido la guerra civil. Los nada valientes capitalistas tenían una magnífica ocasión para atesorar más estiércol ya que no hacía falta ser demasiado inteligente para hacer negocios en un país destruido que lo necesitaba todo. Cualquier actividad social o cívica era, por principio, política.

Los fusilados y encarcelados estaban presentes en la memoria. Se veía a los componentes de los «batallones de trabajadores» (léase presos políticos condenados a trabajos forzados) que construían las carreteras de Jaizkibel y Oyarzun-Lesaca.

La escasez de alimentos racionados propiciaba la creación de «nuevos ricos» gracias al «estraperlo», gracias a la miseria de los más desprotegidos y hambrientos.

La tuberculosis era la enfermedad reina (Rentería y Eibar se llevaban la palma en número de enfermos) que se codeaba con el

escaso pan de ¿maíz?, el aceite de coco, el azúcar moreno y las legumbres inidentificables.

Todo escaseaba. Hasta la electricidad (por culpa de la «pertinaz sequía»). Hubo año en que la jornada laboral era más corta y las horas no trabajadas se anotaban para «recuperar» cuando llegara la corriente. La Electra Elbuar renteriana funcionaba a saltos pero a tope.

Radio Pirenaica, la BBC de Londres y Radio París nos contaban lo que ocurría en nuestra propia tierra. Como era natural, se sintonizaban con poco volumen para evitar los posibles «chivatazos» de algún vecino patriota.

Los periódicos estaban dirigidos por el poder, las películas censuradas y el Danubio Azul aguantaba malamente las tarascadas lanzadas desde el púlpito de la parroquia.

Y, vayamos ahora con

«Los hijos de papá»

En aquella época, fundamentalmente, los «hijos de papá» eran los hijos de los comerciantes. Por aquello de garantizar una buena formación religiosa habían comenzado su vida estudiantil en «las monjas» y continuado a los siete años (los chicos) en «los frailes». Después de esto, pasaban a estudiar la carrera de «Comercio». Había que saber sobre todo contabilidad y ser culto, para ser buenos continuadores de los negocios familiares. Eran muy escasos los que estudiaban el bachillerato y contados los que eran enviados a los internados de Lecároz u

Oronoz. Salvo unas pocas chicas que seguían el mismo camino, la mayoría de las «hijas de mamá» suplementaban su formación con el bordado manual y el piano (útiles indispensables para casarse con algún ingeniero).

En los muchachos, la «suelta» de los frailes y el «aterrizaje» en la Escuela de Comercio de San Sebastián resultaban fascinantes. Era maravilloso sentirse libre, lejos de las miradas paternales, maternas y de los «cuervos». La mejor manera de hacer uso de esta libertad recién estrenada era faltar a clase, «hacer piperra», irse a los billares del Boulevard de Donosti o a la sidrería. Era iniciar la senda del alcohol, era liberarse. Las sidrerías, muy acogedoras, eran bastante numerosas en aquella época (aunque no había chuletas de buey y tortilla de bacalao, que eso vino más tarde). Las chicas estudiantes eran unas «empollonas» y se las temía y aborrecía. Se repetían alegremente los cursos con el consiguiente escándalo familiar motivado por aquello del «qué dirán». Hasta hubo un «constante» que acabó los estudios treinta años después de iniciados.

En lo tocante a la religión, los jóvenes de los que estamos escribiendo, tenían sentido del pecado. Se consideraban pecadores. Su religión era de formas y de noes. El pecado más gordo solía ser el del «vicio solitario» y cuando se caía en él se acudía al confesor «especialista» en el tema (que lo había en la parroquia). Creían en Dios, la Virgen, el Infierno, el Purgatorio. Todos se confesaban con mayor o menor asiduidad. Para aquellos, los curas eran unos tíos raros a los que en cierto modo se les temía por ser representantes de Dios, Dios justiciero, y definidores seguros del bien y del mal. Había que tener cuidado porque todo podía ser pecado. Y, a veces, el pecador era más pecador por pertenecer a una familia prócer. No tanto por aquello del escándalo sino más bien por el «qué dirán». Las chicas no podían ir a la Iglesia sin mantilla, medias o con las mangas cortas. El baile «al agarrado» era nefando. El Infierno era más infierno según el predicador cuaresmal que tocaba. Se solían hacer comparaciones entre qué curas o frailes mejor, más negro y calurosos habían pintado el infierno. Como gráficamente decía una: «nos han robado la juventud», «nos han quitado la alegría de vivir». Las restricciones para las hijas, fueran de «mamá» u otras, eran mucho mayores. Tenían que tener mucho cuidado con los chicos. No podían entrar en un bar. La vuelta a casa tenía que ser para las nueve de la noche como máximo. A veces, la presión producía efectos contrarios a los deseados y se aprovechaban las oportunidades para desforgarse y llevar la contra. Como ejemplo, unas «Misiones» organizadas por la Parroquia fueron utilizadas por algunos para realizar «parrandas sacramentales» al amparo del «rosario de la aurora» que se celebraba a las seis de la mañana. En resumidas cuentas, los pecados más importantes eran los pecados «de bragueta».

En cuanto al sexo, hay que decir que todo comenzaba con el «bebercio». El alcohol era el estimulante necesario para atreverse a hablar con las chicas. Y el lugar de encuentro solía ser el baile de la Alameda.

Los «más machos» eran los que cuando tenían disponibles once duros hacían su visita a las «casas de niñas» de San Sebastián.

Sin embargo era más lo que se hablaba que lo que se hacía. Y se hablaba mucho porque todo el mundo estaba reprimido. De las relaciones sanas chico-chica había desaparecido su frescor natural.

En cuanto a política, no tenían ni idea.

En algunas familias se vivía el drama del enfrentamiento nacionalismo-carlismo. A algunos de estos jóvenes el PNV les parecía una congregación religiosa y los carlistas les resultaban más simpáticos porque eran más bebedores y otras cosas.

El capítulo de diversiones se financiaba con la paga dominiguera (que solía ser más bien escasa para evitar peligrosas tentaciones) y la «apropiación indebida» del cajón de la tienda... o la malventa del género «incautado». Lo conseguido se ponía a la disposición de la cuadrilla. Esta resultaba ser una institución que llenaba los vacíos que tenía la familia patriarcal de aquella época, vacíos de confianza, sentimentales, educativos, etc.

Para los más jóvenes el frontón era un buen lugar de reunión. Se jugaba a la pelota (al «chiquiteo» o al «gordeo»), se hacían planes o, si venía al caso, se hacía una «pajita».

Pero, el «deporte nacional» era el hacer gamberradas y el «levantamiento de vidrio».

Todos los días se practicaba el ritual del blanqueo-blanqueo, copeo-copeo en los bares y tabernas.

Una vez engrasada convenientemente la maquinaria se cantaba contra el «clero traidor» o se satisfacían ciertas necesidades fisiológicas sobre el retrato del Jefe del Estado de aquella época. Como variante, había temporadas en las que se organizaban grandes timbas de poker en el Toki-Alai o en otro par de bares, que duraban hasta altas horas de la noche y se perdía hasta la camisa.

Comparándose con los trabajadores de su misma edad, los veían más libres, más naturales. Sabían que su «duro» era diferente del de ellos. Tenían la impresión de que los jóvenes obreros los veían como unos «macarras». Sin embargo no se les ocurría que pudieran ser personas explotadas.

Los hijos de la «clase obrera»

En las familias obreras no solía haber un duro y sus hijos cursaban estudios «en las públicas» Viteri hasta los trece o catorce años. Algunas, haciendo un grandísimo esfuerzo, enviaban a su hijo varón a «los frailes», no tanto por la preocupación religiosa sino porque tenían fama de enseñar mejor los quebrados y otras materias.

A los catorce años, o antes a escondidas, los chicos y chicas se introducían en el mundo fabril en calidad de aprendices o pinches. Allí tenían que soportar, además de la explotación de los patronos el rudo trato y la enseñanza que les impartían sus compañeros de más edad aprendiendo así cosas no explicadas por la familia ni la Iglesia.

No existían escuelas de formación profesional. El trabajo de ajuste, torno, etc., lo aprendían en las mismas fábricas iniciándose con trabajos fáciles hasta ser capaz de hacer los más complicados y tener así derecho a la oficialía. Esto los aprendices.

Los pinches realizaban trabajos auxiliares y con el tiempo engrosaban el número del ejército de peones. Las chicas eran destinadas a realizar trabajos repetitivos que no requerían ninguna formación profesional.

La iniciación sexual se solía realizar muchas veces en los vestuarios de las fábricas y talleres. La forja del carácter y de la autodefensa comenzaban con la búsqueda del «nivel de bolas», «la escalera de pintar zócalos» o el «templar» piezas de plomo en la fragua. Se aprendía rápido en la dura escuela de la vida obrera.

Los más conscientes y voluntariosos, después de las horas de trabajo iban a aprender dibujo industrial o artístico a las escuelas Viteri, en una de cuyas aulas tres esforzados profesores impartían su enseñanza.

Los que habían entrado como «botones» en el mundo de la banca y los que querían ser oficinistas, siempre después del trabajo, estudiaban contabilidad, mecanografía, taquigrafía, etcétera, en la academia Albisu-Guezala.

Los aprendices de la Papelera eran enviados a Zalla para aprender electricidad y materias relacionadas con las necesidades de la empresa.

La mayoría de las chicas trabajadoras iban a los talleres de las modistas que había en el pueblo para aprender a coser.

Pero cuando finalizaba la semana y se recibía el sobre del jornal (que se entregaba religiosamente íntegro a la madre) se había entrado en el mundo de los hombres. La familia comenzaba a vivir un poco menos mal y la paga que soltaba la madre los domingos había sido ganada con el propio sudor.

En lo tocante a la cuestión religiosa la cosa estaba así. Aunque los padres no pisaran la iglesia, no por incredulidad sino por no aceptación de los curas, las madres iban casi todas a misa y los hijos e hijas también. Y si no iban se ganaban la bronca incluso del propio padre.

Así era corriente que en Cuaresma, durante la semana de ejercicios espirituales, se vaciaran las tascas y la iglesia parroquial se llenara hasta la bandera. Los raros especímenes que no iban se hacían notar por lo excepcionales.

Era una religiosidad de actos, muy poco instruida y basada en los no de los Mandamientos. Todos los chicos y jóvenes estaban en los «luisés» y las chicas en «las hijas de María».

Al final de la década de los cuarenta se puso en marcha la JOC-JOCF para tratar de que la vida obrera no marchara de espaldas a la religión.

El tema del sexo se descubría en las fábricas con la iniciación a cargo de los adultos o de los «más enteradillos». Se hablaba de chicas, cuál era más «calentorra», de fulanas, etc., etc. El trato con las chicas, frecuentemente, iba precedido de unos «tintos» o una copa para atreverse a charlar con ellas. Sin embargo se hacía un fuerte distingo entre las «fáciles» y las que después «serán las madres de nuestros hijos». Y siempre se alardeaba de cosas que no se habían hecho, de batallitas que ni siquiera se habían planteado.

La política era tema a no mencionar. En la inmediata posguerra no se hablaba de ella ni siquiera en familia. Así se evitaban posibles inadvertencias de los niños que con sus bocas inocentes podían conducirle a uno al grupo de los «desafectos al Régimen». Los que tenían algún viejo receptor escuchaban por las noches, cerrando bien puertas y ventanas, las emisiones extranjeras para España.

Los movimientos sindicales y políticos habían sido descabezados por los fusilamientos, las cárceles y el terror desatado por Franco y sus acólitos. Naturalmente, las huelgas estaban prohibidas y perseguidos los huelguistas. Los nacionalistas, por aquello de su separatismo, eran tan o más perseguidos que los comunistas.

La juventud trabajadora de la época no se planteaba esta problemática, no porque no la sintiera en su propia carne sino porque no parecía posible enfrentarse con un régimen policiaco como aquél. Sólo una pequeñísima minoría se dedicaba al reparto de propaganda política jugándose quince o más años de cárcel por «asociación ilegal y propaganda subversiva».

Las diversiones iban variando desde la adolescencia: cine, frontón, contemplación de los partidos del Touring desde las vías del «Topo», al «poteo» en cuadrilla y el baile en la Alameda.

Entre semana, al mediodía, después del trabajo mañanero, se tomaban dos o tres blancos antes de comer. Por la tarde, después de acabar la otra media jornada, la cuadrilla iniciaba su ronda de bares y tascas tomando un tinto tras otro hasta las diez u once de la noche. Ni qué decir tiene que las chicas no participaban de este festejo. No estaba bien visto que una chica entrara en un bar.

Los domingos (eran el único día libre de la semana ya que la jornada era de ocho horas, si no había que hacer extraordinarias, y se trabajaban los seis días «laborables») muchos iban temprano a misa y luego con el bocadillo en el bolso se hacían una «mañanera» a los montes de la comarca (Urdaburu, Cuevas, Jaizquibel, Guadalupe, Biandiz, Munanier, etc.). Regresaban hacia la una y después de unos blancos comían en casa (hacia la una y media). La tarde se iniciaba para los que tenían «pelas» con una partida en la que se diluciaba quiénes pagaban los «completos» (café, copa y puro). Si hacía mal tiempo se veía la película que pasaban en el «Reina» o en el On-Bide. Luego a bailar en la Alameda y cuando acababa la música se retornaba a la noria del «poteo» de tintos. Los que se habían atrevido a «echarse novia» iban con ella al cine y luego paseaban. Pero, invariablemente, después de dejar a la chica en casa, a las nueve o nueve y media, se volvían a reunir con la cuadrilla para echar la o las «espuelas». Alguna cuadrilla más belicosa que la generalidad se desplazaba a Pasajes Antxo para dedicarse al aguerrido deporte de cortar con unas tijeras las corbatas de los «pollospira» que estaban bailando con las chicas. La droga de la época era el vino. Como cosa extraordinaria durante las fiestas patronales se aprovechaba para hacer alguna «gau-pasa». Las verbenas acababan a la una o las dos de la madrugada y la diana era hacia las siete. Entonces, ¿para qué irse a casa? Claro que la «gau-pasa» la hacían sólo los chicos.

¿Qué juventud es mejor? ¿La de antes o la de ahora? Las comparaciones, lector avisado, las dejo para ti. Sólo que, antes de tirar ninguna piedra, te ruego que tengas en cuenta los cambios, políticos, religiosos, económicos y sociales en estos treinta o cuarenta años últimos. Seguramente si rascas un poco el barniz que recubre a la juventud de hoy encontrarás al mismo hombre que ayer buscaba un camino sin acabar de hallarlo.

